

El perro blanco

Dr. Barbahan

10 de julio de 2009

Después del trabajo, regresé a casa alrededor de las tres de la tarde de un día caluroso del mes de abril, estacioné mi pequeña troca afuera porque no cabe en mi cochera. Había movido el gis como desesperado toda la santa mañana, trabajo de profesor en la autónoma.

Me subí a la recamara, estaba cansado, tomé un libro y me acosté, creo que nada más leí el título de algún capítulo y me quedé profundamente dormido. Acostumbro a dormir unos quince o veinte minutos por las tardes para recuperar fuerzas.

Me despertaron unos golpes en la puerta.

—¿Quién será?, puede ser una de esas hermanas religiosas que andan casa por casa vendiendo pedazos de cielo en abonos – Me dio gusto –, pero para qué quiero otro pedazo de cielo si ya he comprado cuatro, y el último aún no lo he acabado de pagar, todavía me faltan algunas letras.

No me quedó mas remedio que asomarme por la ventana. Me hiqué sobre la cama.

Eran dos niños desconocidos como de once años, en el barrio hay muchos niños desconocidos.

—¿Qué pasa?— les pregunté

—Señor hay un perro muerto en su cochera—

Dije lo que hubiera dicho todo profesor decente de la autónoma:

—Ahorita bajo—

Valga la redundancia, pero que suerte tan perra, me tiene que pasar esto a mi, yo que odio a las mascotas, a todas sin excepción y tener que cargar con el cadáver de un perro ajeno y totalmente desconocido, en el barrio hay muchos perros desconocidos.

Salí a mi pequeñísima cochera, ahí estaba, era un perrazo blanco, totalmente blanco. Parecía un lobo de Alaska aunque mucho más chico, debía de pesar un poco mas de cuarenta kilos.

—El perro llegó hasta aquí y se murió— dijo uno de los niños

—Ya le dimos unas buenas patadas pero no se mueve— dijo el otro.

Uno ve cantidad de perros muertos por las calles, pero tener uno en la cochera, créanmelo, es un problema. Fruncí el ceño, me les quede mirando fijamente y les dije:

—Ustedes lo mataron—

al unísono contestaron:

—Nosotros no, señor, se lo juramos—

—Puedo distinguir un mataperros a una legua de distancia, he conocido a lo largo de mi vida muchos tipos rudos como ustedes. Porque si es así, ahí en frente está el modulo de policía—

Vivo enfrente del modulo de policía de la colonia infonavit morales, un barrio populoso. Vivo en una casa pequeñísima, rentada, de dos plantas, de esas de interés social, con cuatro y medio metros de frente.

Uno de los dos dijo:

—Cuando le dimos las patadas ya estaba muerto, lo venimos siguiendo desde tres cuadras más abajo y aquí se murió, y fíjese, tiene el chile de fuera—

No había necesidad de fijarse, ni de ser veterinario, lo tenía de fuera, se parecía a una salchicha frita, color de rosa, de esas *suav*, con razón se llaman perros calientes, ahora sabía el porque de los *hat dogs*. Me jure ahí mismo, en ese instante, nunca más volver a comer de esa comida chatarra *gabacha*.

Cambié el tono de voz y les dije:

—¿Tienen ustedes alguna idea de qué puedo hacer con este perro, conocen a un taquero, a un choricero, o a algún carnicero del barrio?, se lo vendemos, la mitad de la feria es para ustedes, la otra para mi, ¿les parece?

Se miraron entre ellos y uno dijo:

—No conocemos a nadie—

—Bueno, les doy veinte pesos para que se lo lleven y lo tiren en el parque a no menos de una cuadra de aquí—

Entré a la casa, saqué dos cuerdas, le atamos las patas y las manos.

—Bueno llévenselo—

—Primero páguenos—

—No, primero llévenselo—

En eso estábamos cuando sonó la campana de un carretonero, me asomé a la calle, estaba a media cuadra, le grité, se bajo del carromato y vino presuroso. Los niños al ver esto hicieron *mutis*, dieron media vuelta y se alejaron. El carretonero miró al perro, no dijo nada, ese no era su problema, se porto muy profesional.

—¿Cuánto me cobra por llevarse este perro?— lo volvió a mirar unos instantes, de manera muy profesional, y dijo:

—Estos los cobro a veinte pesos—

—Está bien, se los pago—

—Deje acercó el carro, pero me va a tener que ayudar a subirlo, está muy grande— terminó diciendo.

El carretonero se regresó por su carromato tirado por algo que en otros tiempos debió haber sido un caballo, yo entre a la casa por treinta pesos, salí y ahí estaba ya. Yo agarre al perro por las patas y el por las manos, una de las cuerdas se reventó. El carromato estaba del otro lado de la calle, frente al modulo de policía, y mientras cruzábamos la calle cargando al perro, le dije al carretonero haciendo otro cambio de voz, una voz medio triste:

—Sabe, lo crié desde cachorro, me costó muy caro y lo quería mucho, estaba en la mejor época de su vida, era el mejor perro del mundo, pero tenía un gran defecto, era muy gusgo para eso de las perras. Y pienso que eso fue lo que lo vino matando, a mi se hace que estaba pegado a una, y lo atropellaron de adrede. Mire como quedó el pobrecito, ahora imagínese como quedó la perra. Bueno, al menos murió en la raya, no se como le voy a hacer para consolar a tanta pinche perra caliente, ahora que vengan a darme el

pésame. A la una, a las dos y a las tres.

El perro llegó hasta el lomo de la redila, se balanceó dos veces y se regresó. Ahí pude confirmar que estaba bien muerto, como habían dicho los niños, no hizo ni dijo nada, solo sonó hueco.

—One, two, three—

Esta vez si llegó, le di treinta pesos al señor, me dio las gracias, le conteste con un gesto. Me dirigí a la casa, ya en el marco de la puerta, di media vuelta para mirar el carromato, se veía como una gran cereza blanca hasta mero arriba de un enorme y estupendo pastel de mierda, con el chile de fuera.

Mientras me lavaba las manos cuidadosamente y con asco, sentí una gran envidia por el perro ya difunto, pero a final de cuentas yo había tenido algo que ver en el desenlace. A mi me gustaría tener un cortejo fúnebre como el de el, además es bien barato, muchos de mis enemigos, lo pagarían con gusto. Nuevamente subí a mi recamara, prendí la televisión, puse mi novela favorita, me acosté y al instante me dormí.